

Los pueblos originarios siempre mantuvieron una relación directa con la naturaleza, una relación no de explotación sino de convivencia. La utilizaron y la utilizan aún hoy pidiéndole permiso a través de rituales. Ellos no son dueños de la tierra, sino parte de ella, no la explotan ni la usan con fines económicos ni la dañan. En un congreso sobre la tierra, los participantes definieron su relación con el entorno natural: *“Los pueblos originarios somos hijos de la tierra, que para nosotros es sagrada (...) no la queremos para explotarla sino para convivir con ella, para trabajarla con un desarrollo equilibrado para el bienestar común de la humanidad”*.

En cambio nosotros tenemos una relación de explotación con la naturaleza. Nos aprovechamos de ella, la descuidamos y utilizamos a nuestro favor, explotamos los recursos naturales hasta agotarlos, con el objetivo de conseguir ganancias, arruinando así los ecosistemas, de esta forma creamos y profundizamos el calentamiento global. Nuestra relación con la naturaleza termina afectando a las personas que conviven pacíficamente con ésta, las que la cuidan y la utilizan sin explotarla.

Y nosotros, siendo culpables de arruinar nuestro propio planeta, recién ahora tomamos conciencia. Voces jóvenes como las de Bruno, el chico argentino, militante de Jóvenes por el Clima Argentina de 19 años, y la de Greta, la joven sueca de 16 años recién ahora están siendo escuchadas, y ambos reclamaron, ante los líderes políticos mundiales sentados cómodamente en la sede de la ONU en Nueva York, que se haga algo. En su discurso, Bruno planteó: *“Vengo de un país de Latinoamérica. La historia de nuestra región es la de cinco siglos de saqueo. Para nosotros, el concepto de justicia ecológica y medioambiental está ligado al de derechos humanos, justicia social y soberanía nacional en relación a nuestros recursos naturales”*. La utilización de agroquímicos sin ninguna regulación en la agricultura; el incumplimiento de la ley de bosques, que genera cada vez más desmontes en amplias

zonas del país; la industria minera, con la contaminación ambiental que trae como consecuencia; la regulación prácticamente inexistente en relación con el manejo de la basura (el tema de la basura urbana es un claro ejemplo: bastaba con llevarla lejos de la vista de los vecinos para que nadie preguntara qué había ocurrido con ella: primero con basurales a cielo abierto, y con formas de incineración que fueron abandonándose a medida que el humo y el hollín invadían las precarias atmósferas urbanas. Luego comienzan a instalarse los rellenos sanitarios, que parecían ser una solución: la basura desaparecía de la vista, tapada por tierra, pero se fosilizó y siguió siendo basura para siempre y contaminando las napas de agua y la tierra. Aún hoy sigue sin haber soluciones claras, al margen del reciclado y la reducción del consumo innecesario).

Sobran los ejemplos en relación con las cuestiones ambientales que están afectando nuestra vida a diario, y que afectarán claramente las de las futuras generaciones. Mientras Bruno leía su discurso, en la platea una chica lo aplaudía, vestida con una remera rosada con la leyenda “No hay planeta B”. Qué planeta tierra pensamos, entonces, dejar? Por qué es importante, tal como advierten informes de la ONU, la OIT, Amnistía Internacional y otros organismos internacionales, escuchar lo que tienen para decirnos, para mostrarnos, las comunidades indígenas?

Y entonces, cabe preguntarnos, ¿Por qué los pueblos indígenas se enfrentan a amenazas del cambio climático que otros grupos de la sociedad no experimentan?

En primer lugar, los indígenas se encuentran entre los más pobres de los pobres y viven en regiones geográficas y ecosistemas muy expuestos a los efectos del cambio climático. La mayoría de ellos viven en zonas rurales y dependen de la tierra y de los recursos naturales para sus medios de vida, su empleo y su subsistencia, a través, por ejemplo, de la agricultura, el pastoreo, la pesca, la producción artesanal, la caza y la recolección. En

segundo lugar, los elevados niveles de exposición y vulnerabilidad al cambio climático obligaban y obligan a los indígenas a migrar: el capitalismo los empuja fuera de sus comunidades, los hace perder su identidad y su cultura, además de su tierra. En tercer lugar, dentro de las comunidades, las mujeres casi siempre ellas se encuentran en desventaja frente a los hombres en lo que respecta a las decisiones económicas de la comunidad: son las más discriminadas dentro de los marginados.

Paradójicamente, aunque los pueblos indígenas sólo representan alrededor del 5 % de la población mundial, se ocupan de cerca del 22 % de la superficie de la tierra y del 80 % de la biodiversidad restante del planeta, y las protegen! Cómo no escucharlos entonces?

Desde tiempos ancestrales, las sociedades indígenas tienen una relación muchísimo más directa con la naturaleza: viven EN ella, son parte de esa naturaleza; no viven DE ella. ¿Cómo hacer para pensar a los indígenas no sólo como víctimas del calentamiento global y el cambio climático, sino como agentes del cambio?

El empoderamiento de las comunidades indígenas, la posibilidad de convertirlas en interlocutoras válidas y darles voz y voto en las decisiones que afectan al uso de la tierra y los recursos naturales es una salida. El logro de un desarrollo sostenible y la lucha contra el cambio climático precisan de alianzas, colaboración y diálogo entre las distintas partes interesadas: las propias comunidades, los gobiernos y los organismos internacionales. deben construir redes y alianzas innovadoras para promover sus intereses comunes. Esta colaboración tiene el potencial de dar mayor voz a esa sabiduría ancestral para afrontar el cambio climático.

Una posdata final sobre el Amazonas: la semana pasada, cuando se divulgaron las fotos en las que se ve cómo los camiones ganaderos entran en las zonas ya devastadas por los incendios, el Papa inauguró el sínodo por la Amazonia, a pedido de obispos de diversos

países. Allí recibió a los delegados de las etnias que pueblan el Amazonas, esa tierra cercada por el fuego y la codicia. Y mientras el Papa planteaba que el lema “civilización o barbarie” se ha usado en numerosas oportunidades para aniquilar a los pueblos originarios; y mientras Bolsonaro se nos ríe en la cara y niega la deforestación incitada de la selva amazónica, y mientras Ecuador se desangra en su negativa a aceptar un tratado con el FMI, allí están ellos. Los que desde antes de que existieran los países y las fronteras, entendieron que la naturaleza no puede ser explotada, que no se le puede pedir más, a riesgo de que se arruine y deje sin futuro a las generaciones que vendrán. Son esos pueblos originarios, con su sabiduría ancestral, a los que deberíamos escuchar.